

Corina Oproae

LA CASA LIMÓN

colección andanzas

PREMIO
TUSQUETS
EDITORES DE NOVELA



TUSQUETS
EDITORES

CORINA OPROAE LA CASA LIMÓN

El pasado septiembre de 2024, un jurado integrado por Antonio Orejudo, en calidad de presidente, Bárbara Blasco, Eva Cosculluela, Silvia Hidalgo, ganadora de la anterior convocatoria, y Juan Cerezo, en representación de la editorial, otorgó por unanimidad a esta obra de Corina Oproae el XX Premio Tusquets Editores de Novela.

Índice

I		13
II		21
III		229
Agradecimientos		251

No recuerdo cuántos años tengo, pero sí que vivo debajo de una gran mesa de madera, en un castillo infinito, cuyos muros están hechos de libros. Acaricio temerosa cada libro que cojo, como para asegurarme de que el castillo no se me derrumba. Huelo los libros uno a uno. Me chifla hacerlo. De la misma manera que en el colegio, donde lo único que me parece importante es acercarme a la maestra para oler las fresas que lleva colgadas al cuello, dentro de un sugerente medallón. Los olores me guían. Todo tiene olor. Las personas, las abejas que revolotean a mi alrededor, la voz lejana de papá, la hierba, las estrellas que contemplo cada noche tumbada en un banco de madera pintado de verde y colocado delante de casa con ese propósito.

Ahí, debajo de la mesa de madera maciza, voy creciendo poco a poco, mientras paso desapercibida por completo. Ya sé que hay niños que crecen al aire libre,

otros agarrados a las faldas de sus madres, y que, según el lugar del mundo en que les haya tocado nacer, puede que jamás lleguen a ser adultos. Nunca nadie cuestiona mi forma de vida. Cuando oigo la voz de mamá llamándome a desayunar, a comer o a cenar, salgo de debajo de la mesa, sin prisas, y me reciben como si llegara de jugar con los niños que gritan y canturrean fuera, como si volviera sedienta y hambrienta después de mil aventuras vividas deprisa, pero con toda intensidad.

Nadie pregunta por el castillo. Las cosas son de una normalidad asombrosa, y lo único que deseo es regresar a casa de la escuela, acabar pronto de comer, para volver a mi lugar predilecto. A medida que se me alargan las piernas y los brazos, los muros hechos de libros se ensanchan para hacerme lugar. Me sucede algo curioso. Abandono cada libro que cojo para empezar a leer, pero lo vuelvo a abrir, invariablemente el mismo libro, sin buscarlo, y lo comienzo de nuevo. Nunca paso de las primeras páginas. Lo que pienso es que cuando entienda todos los comienzos, sabré cuál es el libro que hará que pueda leer todos los demás. Porque intuyo que más adelante leeré en uno de esos libros que un libro es todos los libros.

En mi castillo no existe el tiempo, sino una especie de *continuum* fragmentado por las horas de escuela, por las comidas, por el baño con agua caliente para quitarme el frío o por la insistencia de mamá para irme

a dormir. Tampoco la noche constituye una interrupción. Antes de acostarme, deslizo uno de los libros debajo del camisón y, cuando la casa queda en silencio, lo saco y lo dejo preparado debajo de la almohada, para poder volver a comenzar. Cuando ya no puedo leer por la oscuridad, continúo en sueños. Las paredes del castillo se amoldan con asombrosa naturalidad a los escenarios de cada sueño. Ahora sé que dentro de poco ya no habrá necesidad de salir.

Recuerdo todas las palabras, pero tengo cierta dificultad para entender el conjunto. De todas formas, nunca doy señales del menor desánimo. Vuelvo a comenzar cada libro como si lo descubriera por primera vez, como si hubiera encontrado el más preciado de los tesoros. El rato que paso en la escuela es irrelevante para mí, por más que los que tengo alrededor se empeñen en querer saber qué he hecho allí, cómo me ha ido tal y tal clase, qué me han dicho los profesores sobre ese o aquel trabajo. Siempre contesto algo para que me dejen en paz cuanto antes, y funciona. No acabo de entender el entusiasmo que muestran mis padres por la escuela.

Hay preguntas que nadie me hará, como por ejemplo si las abejas revolotean a menudo a mi alrededor o si las mariposas se posan sobre mi cabeza o en mi mano derecha, cuántas veces han cambiado de forma las nubes en la última hora o a qué huele la canción que papá pone invariablemente en el tocadiscos y que

también suena en mi cabeza a todas horas. Pero, según parece, nadie tiene interés por ese tipo de cosas. Tampoco protesto. No sea que a alguien se le ocurra entrometerse luego en mis asuntos del castillo, que, por cierto, ya tiene una magnífica puerta de entrada y todas sus paredes bien edificadas y atestadas de libros.

Parece increíble, pero nadie utiliza jamás esta mesa de madera. Mamá la abrillanta una vez a la semana, habitualmente los martes, y deja encima un ramo de flores silvestres que huelen a musgo y a setas. Sobre el castillo, ninguna palabra. Es invisible a ojos de los demás. Lo curioso es que ni siquiera se les ocurre colocar sillas a su alrededor. Las retiraron hace tiempo para ganar espacio. Ahora la única dificultad aparente que tengo ahí dentro es la iluminación, pero me las arreglo fácilmente. He ido perfeccionando la imaginación. Cuando ya no hay suficiente luz para leer, me imagino cómo continúan los libros. Hay veces que la imaginación escoge caminar por senderos desconocidos y entonces lo que imagino y lo que encierra el libro son cosas distintas. Pero hay otras en que mi felicidad llega a extremos insospechados. Lo que imagino es exactamente lo que está escrito en las páginas que leo.

No hace mucho, conseguí leer mi primer libro de principio a fin. Pienso que lo entiendo casi todo y al mismo tiempo lo entiendo todo cada vez menos. Ya sé que parece paradójico y que hay gente que ha dicho lo mismo. Pero no veo por qué no decirlo yo también.

Lo cierto es que ahora devoro los libros. Ya sé que todos los niños crecen. Yo también soy una niña mayor. Demasiado mayor. Llevo años y años encerrada en mi castillo. No sé ni cómo sucedió. De pronto me he percatado de que ya no me llaman a desayunar ni a comer ni a cenar. Tampoco recuerdo cómo, pero incluso he dejado de ir a la escuela. No salgo ya para dormir en la cama confortable de mi cuarto. De hecho, no sé ni siquiera si duermo como lo hacía antes. Solamente leo. De vez en cuando, alguien se acuerda de mi existencia y abre cautelosamente la puerta del castillo. Se sienta a mi lado y lee mis libros. Juntos engullimos libros como orugas impacientes. Compartimos la esperanza de que algún día nos transformemos en mariposas traslúcidas hechas de palabras.

Soy la niña que se quedó atrapada dentro de un castillo, debajo de una mesa enorme de madera maciza, rodeada de montones y montones de libros que leo día tras día. Soy una niña olvidada ahí dentro. No hay dolor ni tristeza en ese olvido. No hace falta que nadie me compadezca. Tampoco quiero salir de ahí para vivir mi vida, como suele decirse. Solo quiero que alguien me rescate para poder seguir viviendo esta otra vida. Estoy preparada. Necesito que alguien me escriba.

Son las ocho de la mañana. Estamos entrando en fila en las clases todos uniformados. Las chicas con nuestros petos azul marino hasta las rodillas y las camisas azul celeste, con nuestras cintas blancas sosteniendo cualquier mechón de pelo que se atreviera a rebelarse, los chicos con su traje azul oscuro y la camisa azul claro, con el pelo muy corto, todos con los números de matrícula cosidos por nuestras madres o abuelas, tanto en las chaquetas como en la parte delantera del peto o de la americana. Es lunes y acabo de volver a la escuela después de una larga convalecencia debida a una picadura de abeja. Eso es lo que tengo que decir a quien me pregunte. Mi escuela se llama Escuela General Radu Negru. Papá me contó una vez que había sido un antiguo vaivoda rumano, y que era una buena escuela para ir porque *radu*, aunque fuera una palabra de origen eslavo, significa alegría. Sin embargo, allí nunca hay mucha alegría.

Me siento con una chica muy callada que viene de un pueblo cercano. Apenas si intercambiamos palabras antes de mi prolongada ausencia. En primera fila se sienta un chico alto y seguro de sí mismo. Es nuevo en la clase y parece mayor que los demás. La profesora no llega. Es extraño porque suele ser puntual. Estamos sentados todos, hablando entre nosotros. Yo estoy en silencio. Un chico se levanta, escribe alguna cosa en la pizarra y la borra rápidamente. Mi compañera de pupitre me dice que entre semana se queda en casa de su tía, cerca del hospital. Mamá trabaja allí. Si alguna vez vuelvo a sentirme capaz de hablar de nuevo, le diré que podemos quedar por la tarde en su casa, antes de que mi madre acabe su turno de guardia. Mi compañera me mira extrañada y me pregunta si se me ha comido la lengua el gato. Ojalá la tutora venga pronto y les explique a mis compañeros que no puedo hablar y les pida que me dejen tranquila, sin hacerme preguntas.

El chico nuevo que se sienta delante se levanta y nos dice que nuestro Gran Dirigente, el que nos mira desde el cuadro que cuelga en la pared encima de la pizarra, solamente tiene una oreja. Mis compañeros se miran medio asustados y se echan a reír, también a medias. En todos los retratos Ceaușescu parece que tenga solamente una oreja y a veces los adultos hacen chistes sobre su única oreja, pero los niños tenemos prohibido contar esos chistes. En rumano *a fi într-o*

ureche dice literalmente tener una sola oreja, pero en realidad significa estar loco. Miro a mi alrededor con temor, como si mis compañeros pudieran oír lo que pienso. ¿A que le coloco una oreja nueva con esta manzana?, dice en voz alta el chico nuevo. A mí siempre me han gustado las manzanas, pero nunca había pensado que podrían ser orejas.

Nos quedamos helados en la silla mientras otro chaval, hijo de una compañera de trabajo de mamá, le dice que no tiene agallas de hacerlo. El nuevo, ni corto ni perezoso, apunta a la oreja que dicen que falta en el cuadro y lanza la manzana con todas sus fuerzas. El cristal estalla y los trozos llegan hasta la tercera fila. En el lugar donde faltaba la oreja, queda la marca húmeda de la fruta. Se hace un silencio aterrador que huele a manzanas y que se añade al otro silencio que soy incapaz de romper desde que papá ya no vive con nosotras. Pienso en los cuadros vacíos que ha dejado en su despacho al marchar y deseo que, cuando llegue a casa, mamá haya retirado por fin los marcos. Respiramos nuestro propio miedo. Algunos de mis compañeros y compañeras se echan a llorar sin ruido. Otros le gritan e increpan al nuevo.

La puerta se abre de par en par y aparece el director junto con la profesora. Al entrar, el director pisa un trozo grande de cristal que se rompe en dos bajo su peso. Se queda petrificado unos segundos y nos mira como si estuviera a punto de engullirnos de un solo

bocado. Como si tuviéramos un resorte en la silla, nos levantamos de forma sincronizada y comenzamos a cantar el *Trei culori cunosce pe lume*, que quiere decir Tres colores conozco en el mundo y que es el himno nacional que entonamos cada mañana sin excepción. Hago como si cantara. El director adopta un aire de total solemnidad y mira a la profesora, que se ha quedado pegada a la puerta, como si quisiera aprovechar la más mínima oportunidad para huir. Mis compañeros terminan el himno cantando con más ánimo que nunca, todos inmóviles, con los ojos clavados en el negro reluciente de la pizarra.

Desde mi mesa, me atrevo a mirar con el rabillo del ojo al chico nuevo que acaba de completar el puzle con la oreja que faltaba. Lo noto sereno, con la cabeza bien alta y la mirada impenetrable. Gira la cara ligeramente y nuestras miradas oblicuas se cruzan por un instante. En la boca, tengo un sabor intenso a manzana. Suelo comer muchas manzanas. Mamá dice que de comer tantas, tendré diarrea. Me gustan verdes y ácidas, harinosas o jugosas, dulces o incluso un poco amargas. De todo tipo. Se me está haciendo la boca agua y necesito con desespero comerme una de las manzanas que llevo en la mochila. La ventaja de que me gusten las manzanas es que no paso hambre a la hora del patio. Cuando no hay manzanas, me tengo que llevar bocadillos odiosos de fiambre, que mamá me prepara porque mantequilla ya no tenemos casi

nunca. Las manzanas nos las da el tío. Nos las coloca en cajas que recogemos cuando vamos a su casa en coche con mamá para que yo pueda ver a papá. Al llegar a casa, ella las guarda en la despensa.

Mi corazón está a punto de saltar del pecho para recoger los trozos de vidrio. Lo único que deseo es tener el poder de deshacer lo que acaba de suceder, de la misma manera que deseo poder deshacer la enfermedad de papá. La voz del director es un trueno que cae implacable sobre todos nosotros. La profesora sigue pegada a la puerta, en la misma pose militar que adoptó al oírnos entonar el himno. Después de llamarnos imbéciles, cretinos y otras cosas así, el director formula la pregunta que todos estamos esperando. Nadie se atreve a decir nada. Me pregunto si el chico nuevo está mirando al suelo como todos los demás o está mirando al director. En mi boca, el sabor a manzanas es tan fuerte que me entran ganas de vomitar. Permanecemos unos cuantos minutos más sumidos en el silencio denso que desata la pregunta misma. Nadie dice nada. La manzana se me está pudriendo en la boca. El director pasa a la acción. Sube a la tarima y coge la regla que hay encima de la mesa del profesor. Ahora sí me lo vais a decir.

Estiramos todos a la vez la mano izquierda, reticentes, como si estuviésemos a punto de recibir un regalo inmerecido. Empieza por el extremo opuesto al sitio donde se sienta el chico nuevo. Cada vez que

oigo un golpe seco acompañado de un gemido ahogado, mastico una manzana más real que la que acaba de hacer trizas el vidrio del cuadro. Sé qué cara corresponde a cada uno de los gemidos. Mientras mastico la manzana, pienso en el chico nuevo. Me toca a mí. La manzana se vuelve ácida, como las que robamos en el huerto de los vecinos el día que me picó la abeja en la nuca. Ahora es tan agria que no puedo contener las lágrimas. Una gota salada cae sobre la mano del director justo en el momento en que mis dedos reciben el golpe. Los otros gemidos se suceden como a cámara rápida. El chico nuevo estira las dos manos. El director duda antes de golpearle la derecha. Como ya imaginaba, el suyo es el único gemido que no oigo.

Las horas transcurren lentamente, con pausas de diez minutos entre clase y clase y me parecen interminables. En matemáticas el profesor me mira y me pide que borre la pizarra. Salgo, lo hago, pero antes de volver a mi sitio, me meto en el bolsillo del peto una tiza entera, blanca como los encajes que hace la abuela. Tengo las palmas de las manos sudadas. No soy capaz de retener nada de lo que se dice en las clases. Solamente sé que los diez minutos de pausa los empleo en ir al baño acompañada de mi compañera de pupitre. Vomito manzanas a trozos.

Durante toda la mañana, la profesora ha ido invitando a mis compañeros a salir de clase. Ahora me

toca a mí ir al temido despacho. La mujer entra conmigo y le explica al director que es mi primer día de colegio después de una larga ausencia por enfermedad y que mi madre le ha pedido que no me fuercen a hablar porque todavía estoy convaleciente. Según parece, mi tutora ha dado el parte a todo el claustro, menos al director. Me hace preguntas y yo solamente asiento o niego con la cabeza.

A la una salimos de clase para volver a casa y es como si hubiéramos pasado una eternidad en el colegio.

Al despacho del director solo falta por ir el compañero nuevo, pero nadie lo llama. El chico se va a casa también. Quizás el director lo mande llamar mañana. Sin embargo, no hay mañana. El Gran Dirigente nos mira desde detrás del vidrio impoluto como desde un ayer inquebrantable, como si nada hubiera sucedido. Al día siguiente, el chico nuevo no vuelve a clase. Lo busco por los pasillos, intento ver si está en alguna de las clases paralelas, pero no hay rastro de él. Me persiguen sus ojos y su gemido ausente, pero no me atrevo a preguntar nada. No puedo dejar de pensar en él mientras sueño con devorar todas las manzanas que quedan en la caja que trajimos de casa del tío hace apenas unos días.

Estoy en la habitación que fue el despacho de papá. En las paredes pintadas de blanco cuelgan los marcos anchos y oscuros de unos cuadros que no recuerdo. Miro alrededor y mi mente se dispone a calcular distancias. Me encuentro justo en el centro de la habitación. Papá está en todos los cuadros y yo me siento feliz de volver a verlo. Doy un paso con la intención de acercarme y noto algo extraño. Doy otro paso, pero mis movimientos resultan torpes. Es como si me quedara exactamente en el mismo lugar, a pesar de los intentos de acercarme. Cierro los ojos y doy otros tres pasos hacia delante. Al abrirlos me doy cuenta de que no soy yo la que avanza, sino que son las paredes las que se acercan a mí. Sigo dando pasos hacia atrás, hacia delante, con los ojos severamente cerrados, mientras intento recordar todos y cada uno de los rasgos de papá. Las paredes blancas, adornadas con cuatro rectángulos oscuros e idénticos, están cada vez más cerca.

Si sigo moviéndome, en poco tiempo, las paredes me aplastarán y papá desaparecerá. Imagino la posibilidad de morir aplastada entre muros y la respiración se me ralentiza. Si muero, también mataré a papá. Necesito saber si papá está dentro de ese vacío que se me acerca enmarcado en las paredes o si esto no es otra cosa que una elucubración de mi mente. Aunque no lo vea, sé que papá sigue estando en todos los cuadros a la vez. Tomo la decisión de dejar de avanzar, de permanecer inmóvil. La distancia es la ideal ahora. Me concentro en el blanco encerrado dentro del marco que tengo delante. Con todas mis fuerzas vuelvo a intentar hacer visible la imagen de papá, pero no lo consigo. O al menos eso parece. Me percato de que es solamente cuestión de no bloquear la percepción. Doy un salto mental y estoy dentro de uno de los cuadros, feliz de poder por fin tocar y abrazar a papá, pero cada vez que me acerco, él desaparece. Angustiada, cierro los ojos y vuelvo al centro. Doy varios pasos hacia uno de los marcos vacíos. Necesito comprobar en mi propio cuerpo que las paredes siguen acercándose a mí, obedeciendo a ciertas leyes físicas que desconozco y que nada tienen que ver con las leyes que rigen la dimensión de la realidad. Abro de nuevo los ojos y me veo rodeada por un muro circular. Si estiro la mano, llego a tocarlo. Los marcos rectangulares han desaparecido. Papá ha desaparecido. Siento cómo se me están durmiendo las extremidades, cómo todo mi

cuerpo se ablanda y escucho una voz familiar que sentencia que es inútil buscar a papá. Acto seguido, alguien me toca el hombro. Abro los ojos con la esperanza de que sea él, pero tengo delante a una niña de apenas siete años que se parece mucho a mí. Se gira de espaldas y de su nuca sale, ruidoso, un enjambre de abejas.